

Mi peor verano no fue uno, fueron como poco dos, y probablemente su condición malvada no fue para tanto. Malos porque uno andaba más disipado de lo debido o porque los compromisos adquiridos no resultaban precisamente muy gratos.

Un verano de adolescencia, echado a perder después de haber incumplido hasta el límite las obligaciones escolares. Un verano de juventud pechando con una oposición, en ese límite de compromiso y ruina en el que los opositores se vuelven tarumba y la realidad se reconvierte en un tema de Derecho Administrativo en el que el recurso de alzada se compagina con el ánimo más bajo que imaginarse pueda.

Aquel verano de adolescencia cateada transcurrió en la consabida ciudad de provincias, donde uno pastoreaba la disipación con resultados verdaderamente perniciosos: de la cuantía de las calabazas casi me da vergüenza acordarme. Hay récords de los que nadie se vanagloria.

Las calabazas me habían reconducido, además, a una reválida catastrófica. El verano me acogía más solo que la una, con la familia de vacaciones, los amigos lejos, la compañía de otros camaradas de no menos oscuro pelaje escolar que el mío, suspendidos sin remisión, y alguno de ellos enarbolando ya la bandera del repetidor. Una bandera a la que, para mi desgracia, también habría de alistarme.

El verano de la juventud, el del opositor cariacontecido y no menos disipado, discurrió en Madrid, en uno de aquellos agostos sin nombre y sin duelo, con la ciudad arrasada y abrasada viva.

Mi barrio madrileño de opositor peripatético era Tetuán de las Victorias y en mi guarida en la parte alta, hacia Valdeacederas, la ciudad todavía preservaba algún límite de desmontes escoltado por los clásicos meloneros y hasta una kermés de viejo cuño que, a Dios gracias, salpicaba con chotis y boleros aquellos oscureceres en los que el recurso de alzada no acababa de levantar vuelo.

Es curioso, siendo dos veranos tan distintos, entre otras cosas porque el protagonista ya no se parecía mucho, los recuerdo con paralelas emociones y una impenitente desazón.

El adolescente gobernaba, con muy poco criterio por cierto, su sonado fracaso y, sin embargo, el opositor luchaba por el éxito, se prevalecía de la dudosa condición de martirio, ya se sabe que las oposiciones son un tormento chino, algunas probablemente malayo.

Uno y otro verano también estaban contagiados por la longitud de sus horas. El tiempo se hace más largo para el que se queda solo, da lo mismo que le hayan abandonado o que la soledad sea su destino profesional, que es lo que le pasa al opositor.

Aquel muchacho que guardaba las calabazas debajo de la cama, se sentía agraviado por todo lo que había sucedido y, por supuesto, alimentaba una sólida conciencia de víctima.

Merecer o no los suspensos no entraba en sus cálculos, uno jamás se merece lo peor que puede pasarle, nadie hace méritos para tal oprobio. Las regañinas paternas, propias de un invierno que ya hacía prever el descalabro, eran tan caprichosas como injustas, la vida del adolescente está llena de zozobras y graves determinaciones, uno casi nunca tiene el cuerpo para estudiar pijadas, qué sabrá nadie...

En ese verano aprendí que la indolencia es un estado espiritual parecido al nirvana y que en su grado extremo, que conlleva el abandono de uno mismo, produce una suerte de felicidad inocua que, bien administrada, puede acabar tiñéndose de gandulería. El gandul es una especie de vago avisado, de indolente de conciencia más relajada e irónica. Un gandul de tomo y lomo puede acabar fácilmente en tarambana.

Yo no fui tan lejos. En la indolencia encontré un consuelo cuyo extremo más peligroso era el aburrimiento, y en la holganza de aquellos días percibí el precario placer del náufrago.

Porque ésa era la imagen que más cultivaba en mi imaginación y que más me gustaba. A fin de cuentas, el náufrago perdió el destino, o todavía no lo ganó, y es un superviviente en un medio hostil o, como poco, desconocido. El mío no era especialmente hostil ni desconocido, el piso familiar solitario, la ciudad dejada de la mano de Dios, pero la situación, mi perdición y castigo, sí avalaban mi extravío: una isla desolada en cualquier caso...

El naufragio del opositor fue distinto. La desgracia provenía de haber elegido aquella navegación. Y, además, el Madrid socarrado de un agosto infame tenía más alicientes que la provincia irredenta.

Subsistí en el agosto exterminador con un afán peripatético verdaderamente loable.

Encerrado a lo largo del día en una suerte de duermevela que me acercaba al nirvana, tirado en el suelo las más de las veces, con los apuntes más desperdiciados que desperdigados. Y en el oscurecer nadaba muy lejos de la isla, lo más lejos posible, tan lejos que lo habitual es que volviera a mi guarida cuando daban las del alba.

El sueño no era el mejor conducto para que el dichoso recurso de alzada acabara de

resolverse, resultaba más adecuado el de reposición que, de todos los recursos administrativos, fue el único al que tuve cierta simpatía. En reponerme tardaba toda la jornada y, una vez logrado, volvía a nadar.

Lo cierto es que el opositor tuvo mejor suerte que el adolescente, sacó la oposición.

El destino repetidor de aquel muchacho nublado, sus íntimas zozobras, la misma tristeza de su gandulería, coadyuvaron a que el verano no sirviera de nada o no sirviera para otra cosa que para alimentar su confusión y hacer más aciago su destino. No hay adolescente que no llegue a pensar que es dueño de un destino aciago.

Toda adolescencia es un naufragio, ha dicho algún que otro psicólogo. La isla de la mía sumó más de un verano, todos provinciales pero no todos cateados. También hubo alguno en la playa más ignota, con palmeras y cocoteros y una sirena pizpireta que se llamaba Doradía.